

EL ALMIRANTE

DON

MANUEL BLANCO ENCALADA

RASGOS BIOGRAFICOS

POR

AMBROSIO VALDES



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA "VICTORIA" DE H. IZQUIERDO Y COMPAÑIA

—
1890

DEDICATORIA

Señor don Adolfo Blanco Gara.

Señora D.^a Gujeria Echeverria de Valdés Carrera.

A vosotros dedico este pequeño tributo que pago a la memoria de uno de los más queridos padres de la patria.

Al primero, hijo predilecto y compañero inseparable del ilustre almirante y su ayudante de campo.

A la segunda, madre del biznieto de dos generales ilustres, cuyas generaciones se unen, Blanco y Carrera.

EL AUTOR.

INTRODUCCION

Narrar la vida de un héroe, dar á conocer sus virtudes, es una digna tarea que hace honor al que la emprende y que le llena de justa satisfacción.

Cábeme hoy la fortuna de acometer tan elevada empresa, escribiendo la biografía de uno de los más grandes hombres del país, de uno de los más simpáticos militares y más cumplidos caballeros, el muy ilustre almirante don Manuel Blanco Encalada.

Sólo siento que mi débil pluma no esté á la altura del héroe cuyas virtudes describo, para que ellas fuesen relatadas con el mérito y el brillo á que son acreedores.

Los hombres pasan, se suceden las generaciones, y el olvido se encarga de terminar con la memoria de los que existieron; pero, las virtudes que adornaron al individuo, el talento, los grandes hechos, las acciones heroicas, no se olvidan jamás.

Hace ya un siglo que el almirante Blanco vino al mundo, y su memoria estará presente en el alma de todo chileno, no sólo hoy, que están frescos sus grandes hechos y sus virtudes. sino en las generaciones venideras.

Pasarán los siglos y la memoria de tan ilustre ciudadano existirá palpitante como lo está hoy.

El nombre ilustre de Manuel Blanco Encalada vivirá cuanto exista Chile, cuanto exista la América.

Los héroes no mueren.

BIOGRAFIA

DEL ILUSTRE ALMIRANTE DON MANUEL BLANCO ENCALADA

I

El ilustre militar que alcanzó los más altos puestos en el ejército, en la marina y en el gobierno de la nación, general, mariscal, teniente general, vice-almirante y Presidente de la República, don Manuel Blanco Encalada nació en Buenos Aires el 21 de Abril de 1790.

Perteneció á una de las familias más aristocráticas de la sociedad chilena (1).

Fué su padre el respetable español don Lorenzo Blanco Cicerón, magistrado notable, que desempeñó puestos judiciales en el Alto y Bajo Perú.

(1) La noble familia de Blanco á que pertenecía el oidor Blanco Cicerón, padre del ilustre almirante, no decayó su estirpe al contraer matrimonio con la señora doña Mercedes Calvo de Encalada y Recabárren, nieta también de otro oidor, el ilustre caballero don Martín de Recabárren, natural de la Habana y de muy noble estirpe.

Descendía la esposa del oidor Blanco de don Diego Calvo de Encalada y Orozco, caballero de la orden de Santiago, marqués de Villa-Palma de Encalada, comendador de San Francisco de Codao, comisario general de la caballería del real ejército de Chile, natural de Sevilla, casado en esta ciudad de Santiago con doña Catalina Chacón y Carvajal, hija del maestro de campo don Francisco Chacon y por lo Carvajal pertenecía á la ilustre casa de los duques de San Carlos.

Heredó don Diego estos títulos de su padre el marqués de Villa-Palma

Trasladado á Chile para servir el importante cargo de fiscal de la real audiencia en 24 de Abril de 1777, contra-jo matrimonio con la notabilísima señora doña Mercedes Calvo Encalada, hermana del ilustre don Martín Calvo Encalada, que desempeñó las presidencias del congreso y de la junta gubernativa en 1811 y 1812, y del conde y marqués de Villa-Palma don Manuel Calvo Encalada, el generoso protector de otro de nuestros más ilustres héroes, el general don José Miguel de Carrera, en 1808 (2).

Don Lorenzo Blanco Cicerón fué trasladado al vireinato de Buenos Aires en calidad de oidor de la real audiencia.

Por esta causa, nuestro héroe nació fuera de la que debió ser su verdadera patria, que lo reclama con orgullo y venera como á uno de sus mas preclaros hijos.

Veamos ahora, cómo se formó nuestro héroe.

don Diego Calvo de Encalada, natural de Sevilla, casado con doña Lorenza de Orozco, de los nobles Orozcos de Andalucía.

Nació en Chile del matrimonio de don Diego y de la señora Chacón, don Manuel Calvo de Encalada y Chacón, que heredó los títulos y empleos de su padre y de su abuelo, el que casó con doña Margarita de Recabarren y Pardo de Figueroa, hija del oidor ya citado don Martín de Recabarren, y hermana de don José de Recabárren conde de Villa-Señor que casó con doña Tadea Gayon de Celis Ureta y Carrera, viuda de don Mariano Rojas de Argandoña Guzmán y Pastene.

Don Manuel Calvo de Encalada y su esposa doña Margarita de Recabarren y Pardo de Figueroa tuvieron varios hijos; el mayor don José Manuel Calvo de Encalada y Recabarren, se fué á España á tomar posesión del marquesado.

Doña Carmen Calvo de Encalada y Recabarren que casó con otro oidor don José Márquez de la Plata de donde proceden todos los de este apellido.

Don Martín Blanco de Encalada que casó con doña Nicolasa Cuartín, padres del ilustre escritor recién fallecido don Manuel Blanco Cuartín, y abuelo del notable abogado y estadista don Ventura Blanco Viel, una de las columnas más firmes y que hace más honor al partido conservador á que pertenece.

Doña Mercedes Calvo de Encalada y Recabárren fué la que casó con

II

A los 12 años de edad (1802) fué mandado, nuestro más tarde heroico almirante, á España, al lado de su tío el ya citado marqués de Villa-Palma.

Por influjo del marqués, el niño Blanco entró al Seminario de Nobles de Madrid, donde permaneció tres años, pasando en 1805, á los 15 años de edad, á la Academia de Marinos en la isla de Leon.

Tres años más tarde (Enero de 1808), con el grado de alférez, se embarcó en la fragata de guerra *Cármén*, batiéndose en la bahía de Cádiz contra la escuadra francesa (Marzo de 1808), con tal bizarría, que fué ascendido á alférez de fragata efectivo. Dos grados por esa sola acción.

don Manuel Blanco Cicerón, padres del ilustre almirante.

La descendencia del general Blanco aunque tan conocida, daremos de ella algunas noticias.

Casó don Manuel Blanco Encalada con la señora doña Carmen Gana y López de Villaseñor.

Descendía la esposa y compañera del almirante de una noble y antiquísima casa de Burgos, (Vizcaya) la casa de Gana Amezaga Bassaldua y Gandia; por este último apellido pertenece a la casa de los duques de Gandia.

Se tiene noticia de los Gana, desde el tiempo del gran guerrero don Diego López de Haro en que á su lado pelearon los famosos capitanes del apellido de Gana, contra las legiones del emperador Miramolin.

Don Juan de Gana, antecesor de la esposa de Blanco, natural de Placencia, casó en 14 de Diciembre de 1679 con doña María de Bassaldua y Amezaga, natural de la villa del mismo nombre, y nieta de San Juan de Bassaldua y de doña Domeca de Gandia, pariente de San Francisco de Borja.

De los Bassaldua hai noticias, desde la gran batalla de Pádua, en que se distinguieron héroes de este apellido, bajo las órdenes del primer señor de Vizcaya llamado don Zuría.

Ese mismo año fué mandado á servir en el apostadero del Callao, bajo las órdenes de su primo hermano, el bizarro comandante general de marina y brigadier de ingenieros, don Joaquín de Molina.

En este viaje obtuvo permiso para visitar Buenos Aires, desde donde por tierra pasó á Chile.

Estuvo en Santiago y en Valparaíso, pasando en seguida al Callao, en donde permaneció cerca de tres años.

A principios de 1811 fué mandado nuevamente á España, en donde se le destinó á la expedición que en auxilio del general Elio enviara la regencia á Montevideo.

Habiéndose hecho sospechoso á los realistas por sus ideas republicanas, se le dió orden de embarcarse nuevamente para la Metrópoli; pero el jóven Blanco, que ardía en deseos de servir á la causa de la Libertad, huyó de Montevideo, se asiló en Buenos Aires y de ahí marchó á Chile, llegando á Santiago á fines de Marzo de 1813.

Recibió en el acto sus despachos de capitán que se le

Don Alejo Gana, antecesor de doña Carmen Gana de Blanco, casó con doña Manuela de Amezaga y Gandia natural de Vizcaya, en 9 de Octubre de 1720.

Era la señora Amezaga de nobilísima estirpe, y de este apellido dá datos muy minuciosos é importantes el padre fray Francisco Lozano, en su obra *Nobleza General de España* en su tomo 1.º.

Hoy poseen las riquezas de esta familia los herederos de la marquesa del Riscal Alegre doña María de Amezaga.

Proceden los Amezagas de las casas, torres y palacios de Ostabaris y Baygorry en Navarra.

Don Andrés de Amezaga casó con doña Feliciano de Gandia, de la casa y torre de Gandia en Guipúzcoa, de cuya casa famosos capitanes pelearon á las órdenes de los más famosos Mendozas.

Tales son los antecedentes de la familia de la esposa del ilustre almirante.

(2) El marqués en España protegió á Carrera, y por su influjo entró al ejército español con el grado de teniente en el regimiento Farnecio, encontrándose en el sitio de Madrid, donde tanto se distinguió.

habían conferido en 1811, á pesar de que en esa época estaba al servicio de la España.

Tal era la confianza en el patriotismo del noble marino, que aún estando al servicio del enemigo se le daba el grado de capitán en el ejército patriota.

III

Blanco no podía estar al servicio de los opresores de su patria; pertenecía á esa raza de héroes que surgió de la aristocracia chilena.

Aunque nacido en la Argentina, él era chileno.

Su padre, español de nacimiento, tenía su familia en la Península; su madre, por el contrario, la digna matrona Calvo Encalada, pertenecía á esa noble pléyade de dignas matronas chilenas, que por causa independiente á su voluntad, había dado el ser á un hijo en tierra que, aunque hermana, no era la suya propia. Pertenecía á esa clase de madres que, junto con la leche con que alimentaban á sus hijos, les inculcaban el amor patrio.

Toda la familia que conoció Blanco fué la de su madre, y como toda ella residía en Chile, el noble guerrero adoptó por su patria, la de la que le dió el ser.

Así, sin trepidar optando por Chile, se puso á su servicio, sacrificándose por él y por su libertad.

Las nobles cualidades de Blanco, hicieron de él un verdadero tipo del caballero y del militar.

Expresivo y afectuoso, de mucha viveza, de maneras cultas y delicadas, de un bello corazón, sensible, varonil y confiado, cualidad esta última debida á sus bellas dotes, que le hacían creer que jamás un hombre de honor fuese

capaz de una mala acción, era valiente, osado y enérgico, á lo que unía una figura simpática, esbelta y un tipo noble y magestuoso á la vez.

Blanco, en un salón, era el más cumplido caballero, en el campo de batalla un león, por su bravura y su arrojo.

¿Quién conoció al aristocrático almirante que no sintiese por él simpatía, respeto y veneración?

Era de esa clase de hombres que cautivan, con sólo su presencia, las simpatías de los demás.

IV

El general Blanco es uno de los militares cuya carrera ha sido más larga. Ella empezó en Chile el año 1813 y terminó sólo en 1867, es decir, 54 años de servicios.

Siempre se le vió en grandes empresas, en grandes batallas, jamás en pequeñas escaramuzas. No pasó Blanco por la escala de guerrillero, de jefe de pequeños destacamentos ó de guarniciones, sino, por el contrario, fué jefe de cuerpo, de división, de expediciones ó general en jefe.

Enemigo de la política estrecha y servil, se mantuvo independiente de ella, fiel al Gobierno y ageno á la división de los partidos que tan funestos fueron al país.

El sirvió á Chile y á la América con toda la decisión del patriota, en su doble carácter de militar de mar y de tierra.

Blanco es una de las figuras más prominentes de la independencia y héroe, no sólo chileno, sino también americano. Militó en Chile, como en el Perú y en Bolivia, dejando en todas partes el más grato recuerdo de sus actos, ya de valor, ya de hidalguía.

De Blanco puede decirse que fué un gran patriota, un gran militar y un gran caballero.

V

El 31 de Marzo de 1813, apenas se tuvo noticia en Santiago de la invasión del general Pareja, presentóse el joven Blanco al presidente y general en jefe de las fuerzas que debían organizarse para rechazar al enemigo, don José Miguel Carrera, ofreciendo sus servicios como soldado.

El general, con su perspicacia, conoció que el joven Blanco era una esperanza para la patria. Utilizó, desde luego, sus especiales conocimientos en el arma de artillería, ocupándolo en la construcción y reparación de cañones y armamento, servicios que fueron tan útiles al país.

Durante el gobierno de Carrera, estableció Blanco en la artillería, una maestranza y taller de armas, construyendo y reparando el armamento que sirvió á nuestras bizoñas tropas para estrenarse en el campo de batalla.

¡Cuántas veces se le vió al ilustre Blanco, en mangas de camisa y con su delantal, trabajar como el más humilde artesano en la fundición de cañones, consagrado á esa ruda y oscura tarea, con la abnegación y constancia digna sólo de los héroes!

Un año pasó ocupado en preparar esas armas con que habían de batirse sus compañeros, conforme con desempeñar una comisión en que no adquiriría gloria, pues solo los grandes hechos deslumbran; pero á él satisfacía el que la gloria la adquiriese la patria.

Tarea digna del abnegado patriota, que enaltece á Blanco, tanto ó más que á aquellos que esgrimían contra el enemigo común, esas armas preparadas por él.

VI

Después que fué Carrera despojado del mando supremo, también lo fué del mando del ejército, á consecuencia de lo que y de la inercia de su sucesor, los españoles se apoderaron de la plaza de Talca, inmortalizando á sus heroicos defensores Carlos Spano y Marcos Gamero; Blanco entró en acción, cambiando su puesto de fabricante de armas, por el de jefe de una división con la que debía rescatar aquella ciudad.

El ensayo de Blanco fué desgraciado. Veamos cuál fué la causa.

La división auxiliar con que debía tomar la plaza de Talca y auxiliar la división de O'Higgins y la de Mackenna, de las cuales no se tenía noticia en la capital por estar incomunicadas con el norte, se compuso de seiscientos ochenta infantes, setecientos milicianos de caballería, cuatro cañones y setenta artilleros.

Esta fuerza era insuficiente para salir á campaña. Por otra parte, la formaban en su mayor parte, oficiales y soldados desertores del ejército de Carrera, y de algunos jefes mandados por este general á disposición del Gobierno, por cobardes, por ineptos y por revoltosos ó corrompidos.

El Gobierno mismo había promovido la deserción, aún la había premiado, con el objeto de debilitar las fuerzas de Carrera y ponerle un ejército con que obligarle á deponer el mando del ejército del sur.

No creyó el Gobierno jamás que hubiese en Carrera tanto patriotismo, que á la intimación que le había hecho, hubiera accedido con tanta hidalguía y tanto desprendi-

miento á entregar el mando de un ejército que estaba resuelto á apoyarlo con las armas.

Esa división, compuesta de jefes y soldados desmoralizados ó de reclutas sin instrucción, era la peor base del ejército que se podía formar.

Con semejante fuerza, Blanco no podía responder del éxito, y otro militar menos enérgico ó menos patriota, no habría aceptado dicha comisión.

Las funestas consecuencias de un gobierno de círculo, en vez de un gobierno nacional, se hicieron sentir muy pronto. (3)

La división, por fin, salió en dirección al sur, al mando del segundo jefe, el pundonoroso y valiente comandante don Rafael Bascuñán, con orden de acantonarse en la ribera sur del rio Tinguiririca.

El coronel de milicias don Enrique Larenas, uno de los más encarnizados enemigos del general Carrera, infatuado por el ascenso que había recibido del Gobierno, en premio de su insubordinación en el ejército del sur, sublevó la tropa y la obligó á seguir á Curicó, en cuyo pueblo cometió toda clase de desórdenes, entregándose á la más desenfrenada orgía.

Inútiles fueron las enérgicas medidas adoptadas por Bascuñán para contener el desorden: este no terminó sino á la presencia de una pequeña partida enemiga, que fué suficiente para obligar á retirarse á la desmoralizada división.

(3) La junta gubernativa de Infante, Eyzaguirre y Cienfuegos, entró á gobernar, derrocando al gobierno constitucional de Carrera, y por consiguiente, con el partido contrario, lo que dió margen á la desmoralización del ejército, al gobierno de círculo y á la pérdida de la causa de la patria. «En esta forma dió fin el año 13, perdido el mejor tiempo de la campaña, y dando con ésto tiempo á que se acercasen los refuerzos de Chillán y Lima, que esperaba Sánchez».—Historia del P. Martínez, pág. 209.

En estas circunstancias llegó el coronel Blanco, el cual lleno de indignación y de coraje, hizo retroceder la división á San Fernando, en medio del mayor desorden, que ni la presencia del jefe pudo contener.

En ese pueblo, el coronel castigó á los culpables, separó á muchos de ellos, tomó las medidas más prudentes y oportunas, volviendo poco tiempo después (21 de Marzo de 1814) á acamparse en Curicó.

Sólo un jefe como Blanco pudo decidirse á seguir las operaciones militares con tropas tan desmoralizadas.

VII

En Lontué, Quechereguas y Rio Claro, sostuvo escaramuzas con el enemigo, rechazándolo en todas partes y acampando en este último punto.

Ahí recibió un cartel de desafío del jefe que mandaba las fuerzas enemigas, don Angel Calvo, (oficial chileno que traicionando á su patria se había pasado al enemigo) (4).

En dicho cartel desafiaba á Blanco á batirse en el campo que eligiese. El pundonoroso jefe patriota creyó de su deber no desatender el lance de honor á que se le invitaba; lo que prueba el conocimiento que tenía Calvo del carácter y caballería de Blanco.

El jefe patriota eligió los llanos que se extienden al sur de Rio Claro, punto en el cual estaba acampado (26 de Marzo).

(4) Poco después siguieron tan pernicioso ejemplo varios jefes patriotas, entre ellos el coronel Manuel Vega, el capitán Botarro y el comandante Manuel Búlnes, padre del ilustre General de ese nombre.

En vano esperó todo el día con su división formada en batalla, porque el enemigo no apareció por parte alguna.

El desafío había sido una estratagemata de Calvo para demorar la marcha de Blanco y poder retirarse á Talca.

Al día siguiente, de madrugada, siguió su marcha la división patriota alojando en Pelarco; el 28, al sur del río Lircai; y el 29 temprano, en los llanos de Cancha Rayada.

Reunió consejo de guerra, y en él, se acordó atacar inmediatamente la plaza. En efecto, después de intimar rendición al jefe de ella, coronel Lantaño, se dió la orden de ataque.

Este, perfectamente bien dirigido y bien secundado por los oficiales Aldunate, Alliendes, Picarte, Palacios y otros, habría sellado el triunfo que por todas partes se pronunciaba á favor de los patriotas, los que llegaron muy cerca de la plaza, después de tomar una á una las trincheras, sino hubiese llegado á los sitiados un refuerzo considerable de tropa, y al mismo tiempo, á Blanco, un oficio de O'Higgins en que le ordenaba no tentar acción alguna, mandándole se le reuniese á la orilla del Maule, para que le auxiliase en el paso de dicho río.

Después de la acción del Membrillar, 19 de Marzo, se reunió O'Higgins á Mackenna y resolvieron marchar juntos en auxilio de la capital, amagada por el enemigo acantonado en Talca.

El jefe realista, general don Gavino Gainza, que conoció el plan del ejército patriota, corrió á interponerse entre éste y la capital. El triunfo sería del que lograrse atravesar primero el caudaloso Maule, y por esta causa O'Higgins le ordenaba á Blanco no tentar acción sobre Talca y reunírsele en la ribera del Maule.

Empeñado el ataque, no le arredraba á Blanco tanto el auxilio recibido por el enemigo, como la orden de su jefe superior, lo que le obligó á retroceder.

Este paso, difícil para una tropa aguerrida, lo era mucho más para la desmoralizada y bisoña de Blanco.

A pesar de las acertadas providencias de este jefe, las tropas retrocedieron en desorden, declarándose en seguida la más espantosa fuga.

Fué imposible contener la tropa. Inútil la serenidad, energía y valor de Blanco, el cual fué el último en retirarse del campo de batalla, al extremo de estar en inminente peligro de caer prisionero; los soldados se desbandaron para no reunirse más.

A pesar de la derrota, fué reconocido el valor y heroísmo de Blanco, y el gobierno, haciendo un acto de justicia, declaró su inculpabilidad y que había hecho cuanto podía exigirse á un valeroso y experto jefe.

VIII

El desastre de Rancagua encontró á Blanco en su puesto de jefe de la maestranza y parque de artillería.

Emigrando á Mendoza, fué hecho prisionero en los Andes por el coronel don Ildefonso Elorreaga, quien lo presentó al general español don Mariano Osorio, el cual, como á traidor, lo hizo despojar ignominiosamente de sus insignias militares dando en seguida la orden de fusilarlo.

Osorio olvidaba que no es traidor quien defiende á su patria. Que si Blanco había sido marino de la escuadra española y había desertado, era casualmente por no ser traidor á su patria, siguiendo al servicio de los enemigos de su país. Sirvió á la España mientras no fué la enemiga de sus colonias.

Libró de ser ejecutado, mediante el influjo de algunos oficiales que se interesaron por la suerte del simpático insurgente, conmutándose la pena de muerte en cinco años de destierro á la isla de Juan Fernández.

Dos años y medio alcanzó á estar en el destierro, hasta que la victoria de Chacabuco puso fin á las torturas de los prisioneros desterrados en la isla.

El 31 de Marzo de 1817, pisó las playas de Valparaíso, en unión con sus compañeros de infortunio.

El 1.º de Junio de ese mismo año, con el grado de sargento mayor de artillería, se hizo cargo de una batería de campaña en el ejército llamado "de Chile."

IX

Después de Chacabuco el virey del Perú mandó una nueva expedición contra Chile, mandada por el vencedor de Rancagua.

Desembarcado nuevamente el general Osorio en Talcahuano y en camino para Santiago, el general en jefe del ejército patriota don José de San Martín y el director O'Higgins, le dejaron avanzar sobre la capital sin tratar de estorbarle el paso del Maule, posesionándose el jefe realista de la ciudad de Talca y avanzando destacamentos hasta Curicó, lo que fué causa del desastre que sufrió el ejército patrio.

No hay como calificar la conducta de esos jefes, al dejar al enemigo se adueñase de todo el sur.

Las fuerzas patriotas, aunque tarde, marcharon al sur, recuperaron á Curicó, estrechando al enemigo en Talca,

Blanco iba en esta expedición y sería el héroe de la jornada en compañía de Freire.

La caballería patriota, mandada por el general argentino Balcarce, se comprometió torpemente en una acción, y habría sido completa la derrota, si no es que Blanco con una bizarría sin igual protege la retirada.

En la tarde de ese mismo día (19 de Marzo de 1818), todo el ejército patriota, fuerte de 6,600 soldados veteranos, acampó en los llanos de Cancha Rayada, y el enemigo fuerte de 4,000 hombres, se hallaba situado dentro de la ciudad de Talca.

En esa memorable noche del 19 al 20 de Marzo, ocurrió la fatal cuanto incomprensible sorpresa llamada de Cancha Rayada.

Incomprensible, por cuanto los jefes patriotas San Martín y O'Higgins habían recibido noticias fidedignas de que el enemigo preparaba una sorpresa. Reciben confirmación de ella á las 8 de la noche, y todavía á las doce, se les avisa estar ya todo el ejército realista formado y preparado para marchar al asalto, y sin embargo, apesar de todo, la sorpresa tuvo lugar y el ejército patriota fué derrotado.

La primera división, al mando del general don Hilarión de la Quintana; jefe que brilló por su ausencia durante toda la acción, á consecuencia de lo que el coronel don Juan Gregorio de las Heras tomó el mando de la división, fué la única que salvó ilesa del asalto.

En esa división se encontraba el heroico Blanco Encalada, el que con su valor, serenidad, prudentes y acertadas medidas, no sólo salvó la división, sino que reunió dispersos, contuvo fujitivos, recuperó dos cañones de los abandonados por la brigada argentina, realizando en el mejor orden y con toda impavidez, la más peligrosa retirada ante un enemigo victorioso y todavía sin tener un

tiro de cañón, pues su dotación la había agotado en el día, en protección de la caballería de Balcarce y no pudo conseguir se le diesen nuevas municiones.

En el paso de los ríos, nuestro héroe, con el agua á la cintura, ayudaba a arrastrar los cañones salvados mediante su heroísmo.

La gloria de esa peligrosa retirada, cupo al jefe, como era natural; pero éste sin la eficaz ayuda de Blanco y de Freire no habría podido realizarla: tal era la opinión misma del general las Heras.

No pretendemos amenguar la gloria de este jefe, muy lejos de eso; pero sí, queremos dar á cada uno lo que le corresponde.

Blanco salvó la patria en los funestos campos de Cancha Rayada, como el heroico Manuel Rodríguez la salvó en Maipo, organizando la resistencia, conteniendo la emigración y volviendo la tranquilidad y la fe en el triunfo.

Sin el uno y sin el otro, Chile no habría asegurado su independencia en Maipo, y el general Osorio se habría apoderado de la capital sin disparar un tiro.

X

En la batalla de Maipo, el bizarro artillero hizo prodigios de valor. En lo más recio del combate y cuando las ventajas estaban por los realistas, él personalmente descarga sus cañones, con tan certeras punterías, que barre las filas enemigas, introduce la confusión é inclina la victoria al lado de los patriotas, que concluyeron por derrotar al enemigo y ponerlo en la más completa fuga. Las

fuerzas mandadas por argentinos, fueron las que en esta acción dieron muestras de debilidad.

Blanco sentó su reputación de valiente y experto jefe, cuya serenidad en medio del peligro era proverbial.

El 14 de Abril fué ascendido á teniente coronel efectivo, en premio de sus hazañas.

XI

Ahora nos toca conocer á Blanco en otro rol: ya hemos citado algunos hechos del ilustre general; conozcámoslo como marino.

San Martín y O'Higgins, persuadidos de que la libertad del continente americano no podía efectuarse de un modo seguro, mientras el pabellón español se pasease ufano por las aguas del Gran Océano Pacífico, y sabedores de que se preparaba una nueva expedición española contra Chile, acordaron organizar una escuadra que la capturase, y al mismo tiempo barriese el Pacífico de buques enemigos.

La empresa era empresa gigantesca; pero ya tenían el ejemplo del general Carrera, el cual sin recursos había logrado formar una escuadra respetable; ¿por qué no habrían ellos de obtener igual resultado contando con todos los de la nación?

Arduo era el proyecto pero no imposible.

El coronel Blanco fué nombrado comandante general de marina el 23 de Junio, y encargado de preparar los marinos para los buques que debían obtenerse.

Aceptó tan difícil como honrosa comisión, con el entusiasmo que sólo saben sentir los héroes.

En poco tiempo logró formar marinos de los pescadores de la playa de Valparaiso y de los marineros de los buques mercantes surtos en la bahía.

Transformó en buques de guerra algunos que sólo eran mercantes, embarcando la bisoña tripulación en ellos y en los que compró el Gobierno en el extranjero.

Por fin, se formó la escuadra compuesta de los buques *San Martín, Lautaro, Chacabuco, Arauco, Puyrredón*, etc.

Cinco meses bastaron á Blanco para salir á campaña con lo que llamaremos escuadra chilena, compuesta de los cuatro primeros buques.

La tripulación era formada de chilenos, argentinos, ingleses, franceses y norte-americanos, en número de 1,200 hombres.

El armamento constaba de 142 cañones en mal estado, fusiles y sables de abordaje.

Sólo un jefe del temple de Blanco y de maneras tan finas, pudo obtener se guardase la unión y la disciplina en una tripulación compuesta de diversas nacionalidades, lo que constantemente es causa de continuas discordias. (5)

No hai palabras con que elogiar la obra de Blanco y del

(5) «Los marineros ingleses no se avenían fácilmente en los unos (en los buques) y los chilenos no podían entender lo que se mandaba en los otros. Por otra parte, los jefes y oficiales extranjeros desdeñaban los conocimientos marinos del comandante general del departamento, y aún se complacían en suscitar dificultades para llevar á cabo sus disposiciones. Higginson abiertamente entabló con él cuestiones sobre competencia de jurisdicción y fraccionó en dos parcialidades aquel embrión de escuadra.»

«Mucho honor hace al comandante Blanco haber llevado adelante su ardua comisión en medio de tantas contrariedades. La actividad que entonces desplegó, la prudencia con que se condujo para neutralizar tan encontradas pretensiones, el tino que era menester para dar unidad y concierto á tantos elementos divergentes, lo hacen digno de recibir aquí un testimonio de gratitud nacional.» (Memoria histórica sobre la primera escuadra nacional, por don Antonio García Reyes, pág. 18.)

ministro de la guerra don José Ignacio Zenteno. A ellos debe Chile sacrificios inmensos que jamás la gratitud chilena podrá pagar debidamente.

XII

El 10 de Octubre de 1818 se hizo á la vela la escuadra chilena, compuesta de cuatro débiles buques.

La desconfianza en el éxito era general y tan grande, como era grande la seguridad que asistía á O'Higgins, Zenteno, Blanco y la tripulación que llevaba bajo sus órdenes.

Nadie sino ellos eran los únicos que tenían fe en el éxito de la improvisada escuadra.

Se dirigió al sur con el objeto de esperar la expedición que venía de España, compuesta de la fragata *María Isabel* y diez buques.

La navegación la ocupó en adiestrar su bizoña tripulación.

En la isla de Santa María, donde llegó el día 26 de ese mismo mes, supo el arribo de la frata *María Isabel* á Talcahuano.

En el acto de recibir la noticia, el improvisado almirante, que mandaba la escuadra con el grado de capitán de navío, dió orden de hacer rumbo á ese puerto.

Entró á la bahía con sólo el *Lautaro* y el *San Martín*, que él montaba, pues el *Arauco* hacía reconocimientos en la costa, y la *Chacabuco* se había separado por un temporal.

Abordó la fragata sin reparar la desigualdad de fuerzas,

y después del mil peripecias que no es del caso explicar, tomó posesión de la *María Isabel*.

Conocedor por los papeles del buque apresado, del rumbo que debían llevar los otros trasportes españoles, se dirigió nuevamente á la isla de Santa María, donde se le unieron el *Arauco* y *Chacabuco* y los nuevos buques *Galvarino* é *Intrépido* con que lo reforzaba el Gobierno.

Ahí, en las aguas de la isla, apresó á los trasportes españoles *Dolores*, *Magdalena* y *Elena*, y á fines del mismo mes, la *Chacabuco*, que fué dejada de guardia, apresó las fragatas *Carlota* y *Jerezana*, escapando solamente la *Expeculación* por haber hecho rumbo directo al Callao, sin pasar por Santa María.

El victorioso Blanco con las cuatro primeras fragatas apresadas, arribó á Valparaíso el 17 de Noviembre, donde entró en medio del asombro general y del regocijo público. Tomó inmediatamente después camino de Santiago, en donde fué recibido con grandes fiestas y demostraciones de júbilo y de agradecimiento.

El Gobierno decretó fiestas públicas y ascendió al bravo marino á contra-almirante.—(Diciembre 12 de 1818, á los 28 años de edad.)

El nombre de Blanco subió á la cumbre de la fama, de una fama obtenida á fuerza de valor, constancia, heroísmo, abnegación, talento y sobre todo de patriotismo.

En mar y en tierra este noble soldado fué siempre un héroe.

XIII

Las ventajas obtenidas, no sólo fueron una gloria para Chile, una satisfacción para Blanco, sino que el país obtu-

vo nuevos buques, elementos de guerra en abundancia y el desaliento y decadencia de los realistas, los cuales ya no podían navegar libremente en el Pacífico, por lo que toda nueva empresa española, tenía que realizarse bajo muy diversa faz.

El ejército realista de Chile, no podía ser ya socorrido sino con grandes dificultades, lo que tenía que traer por consecuencia su aniquilamiento y la terminación de la guerra.

Los patriotas orgullosos de poseer una marina y de haber alcanzado tan grandes ventajas, se creían invencibles y terminada al mismo tiempo la guerra, asegurada la independencia y desquiciado el poder español en el Pacífico.

Lo que faltaba á Chile era ser fuerte en el mar, ya lo había obtenido; ahora podía llevar la guerra al suelo enemigo, irlo á buscar á su mismo campamento.

Este había sido el gran pensamiento del general Carrera, al traer dos años antes la escuadra que compró en Estados Unidos, llevarla al Perú, y acabar con ella, con el poder español.

Esa escuadra debió evitar la segunda expedición de Osorio y el desastre de Cancha Rayada, pero la venganza y la envidia dieron lugar á esos fatales sucesos.

En fin, aquella tarde, y con mayores sacrificios para la nación se llevó á efecto lo único que podía asegurar la libertad del país, y tuvimos la fortuna que Blanco fuese el que colmase de honor y gloria el pabellón chileno en el mar, con una marina naciente, inexperta y heterogénea.

La marina chilena nació para ser gloriosa y selló su primer paso con acciones tales de heroismo, que asombró al mundo.

Blanco, el héroe de esa jornada, inmortalizó su nombre y luego, con un nuevo acto de abnegación, patriotismo y

desinterés, demostraría que era digno de su fama, que era hombre *excepcional*.

XIV

Poco antes del arribo de Blanco á Valparaíso con las fragatas capturadas, había llegado Lord Tomás Cochrane, conde de Dundonald, con el objeto de tomar el mando en jefe de la escuadra chilena.

Este jefe venía precedido de fama universal, había realizado grandes hechos, y con justa razón adquirió la reputación de valiente y experto marino.

El espléndido resultado de la expedición de Blanco había puesto al Gobierno en gran embarazo para cumplir su compromiso con Lord Cochrane.

¿Cómo quitar aquel jefe para dar á éste el mando de una escuadra victoriosa, con una tripulación que le veneraba, que tantos títulos había adquirido á su respeto y cariño? Hacerlo, habría sido no sólo una gran ofensa, sino la más grande de las injusticias; el país tampoco lo toleraría, ni la marina podría mirar con agrado que le quitaran su jefe, para darle por tal á un extranjero.

En esta situación, el Gobierno no hallaba qué hacer, cuando Blanco, sabedor de lo que ocurría, se encargó de allanar todas las dificultades. Se presentó al Gobierno haciendo su renuncia de jefe de la escuadra, proponiendo al mismo tiempo hacer de segundo de Lord Cochrane y hacer que la tripulación entera aceptase al nuevo jefe, que se negaba reconocer.

Este acto de abnegación tan raro en el mundo, coloca

á Blanco en el rango de los grandes hombres, y hace de él una de las glorias más puras de América.

Ese solo rasgo de nobleza, basta por sí solo *para constituir el pedestal de su justa fama.*

XV

Terminados los aprestos de la escuadra para darse nuevamente al mar, se hizo cargo de ella Lord Cochrane, zarpando de Valparaiso el 14 de Enero de 1816 con dirección al Callao, donde debía buscar y batir á la escuadra española.

El contra-almirante Blanco quedó en Valparaiso terminando los últimos arreglos de la segunda división naval, para seguir las aguas de la primera.

El mismo día que zarpaba Lord Cochrane, uno de sus buques debía de tardar algunas horas su salida, para terminar el embarque de víveres y seguir la escuadra.

En vez de hacerse á la mar, se sublevó toda la tripulación.

En el acto Blanco, en contra del consejo de sus amigos, mirando puramente el cumplimiento de su deber y confiado en su valor y buena estrella, se presentó solo en el buque sublevado, impuso á su guarnición, manda formar la tripulación, castiga á los culpables y los reduce á la obediencia.

A los pocos días salió Blanco con la segunda división, reuniéndose á la primera en el puerto de Huacho.

A su llegada supo que la tripulación de la primera división saqueaba el puerto.

Inmediatamente baja á tierra, contiene á la soldadesca y vuelve la confianza á la población amedrentada.

XVI

Cochrane siguió viaje al norte, dejando á Blanco para que bloquease el Callao y demás puertos inmediatos.

En esa penosa y molesta tarea estuvo hasta que, falto de provisiones, las buscó en los puertos vecinos, sin lograr obtenerlas.

No teniendo noticias de la primera división, única que podía proveerlo de víveres, reunió consejo de oficiales y se decidió la vuelta á Valparaíso, antes que se declarase el hambre y la sed en la tripulación.

El Gobierno y el pueblo en general, desaprobó la vuelta de Blanco, el cual solicita se le juzgue en un consejo de guerra, del cual salió absuelto por unanimidad, declarándose en la sentencia que era el único recurso que debía haber adoptado, antes que hacer perecer la tripulación ó que se desertase.

El vice-almirante Cochrane presidió el consejo y fué el primero en hacer justicia á la conducta de su segundo.

Esta sentencia vindicó al ilustre marino, quitando la sombra que sobre él habían querido echar los que juzgan los actos por sus resultados, sin indagar las causas, y los que no admiten otra solución que el éxito, aunque ello sea un imposible.

En estos casos, todo el mundo da su opinión como personas muy competentes y entendidas, condenando siempre en vez de absolver, lo que no es extraño, desde que

la ignorancia y la imbecilidad es la que abunda, mientras que la prudencia, la cordura y el saber, siempre están en minoría.

XVII

En la segunda expedición que se llevó al Perú, fué siempre Blanco de segundo de Cochrane, participando de todas las peripecias de esta ingrata expedición.

Ingrata, porque no logró su objeto, pero en cambio, puso á raya al enemigo, y los patriotas quedaron dueños del mar.

Nos asiste la confianza que la escuadra al mando de Blanco, habría dado en las dos expediciones mejores resultados. Bástanos para fundar nuestra opinión, el desinterés y patriotismo de Blanco y la desmedida ambición de Cochrane, el cual más atendía al interés pecuniario que al buen éxito de la empresa.

En la tercera expedición al Perú no tomó parte nuestro ilustre marino, cansado de la ingratitude de que era víctima.

Las mejores y más arriesgadas comisiones se daban á los oficiales extranjeros que Cochrane había traído en su compañía, dando á Blanco las menos á propósito para su rango, tal como mandarlo del norte para Valparaiso, siendo segundo jefe de la escuadra, conduciendo los enfermos.

Esta conducta de Cochrane no tenía otro objeto que prestigiar á los jefes que había traído en su compañía y eclipsar las glorias de Blanco.

El Gobierno no sólo toleraba sino que desatendía el tratamiento que se daba al digno y valiente marino.

Blanco veía que su reputación sufría, por cuyo motivo decidió retirarse de la escuadra, hasta que ésta dejase de ser mandada por Lord Cochrane.

XVIII

Por esta causa, pasó á desempeñar el cargo de jefe del estado mayor general y comandante de armas de Santiago.

Este puesto de tanta labor en tiempo de guerra, le dejaba, sin embargo, tiempo para dedicarse á otros trabajos en bien de la humanidad.

Formó con aprobación del Gobierno una Junta de Beneficencia, cuyos miembros la componían respetables caballeros de la capital, que periódicamente se reunían en casa del popular y simpático captor de la *María Isabel*.

En esa época de despotismo, en que O'Higgins junto con la dictadura había implantado la tiranía por forma de Gobierno, y en que vivía celoso de todo hombre de prestigio, fingió ver en la reunión de respetables personas en casa del distinguido marino, un club revolucionario ó algo parecido.

El contra-almirante se había permitido, además, lanzar algunas palabras de crítica contra la conducta del Gobierno. Esto fué lo bastante para que, sin atender á los méritos del ilustre patriota, se le mandase prender y encerrar en estrecha prisión (Junio de 1821), y se le formase causa de la que salió completamente absuelto. Y, no podía ser de otra manera: ¿de qué podía acusarse al gran patriota, de un desahogo, de una crítica hecha en el seno de la confianza y en su propia casa?

Sin embargo de haber sido absuelto, no volvió á ocupar su puesto de comandante de armas.

Este fué el premio que O'Higgins siempre reservó á los grandes servidores de la nación: la ingratitud, cuando no la cárcel, el destierro ó la muerte. Ahí están Zenteno, Freire, Infante, Vial y Echeverría, entre los primeros; los Benavente y Serranos entre los segundos; los Carrera, Rodriguez, los Prieto, Barros etc., entre los últimos. (6)

XIX

Blanco fué mandado á la marina á seguir prestando en ella sus servicios, con el objeto de alejarlo de la capital, como ya se había alejado á Zenteno. Pero no supo O'Higgins que al alejar á Blanco, lo retiraba de la tarea ingrata de la Comandancia de Armas, para mandarlo á adquirir aún más gloria y nuevos laureles para coronar la frente del héroe.

La renuncia de Lord Cochrane del mando de la escuadra, dió nuevamente á Blanco el mando en jefe de ella, la que sirvió en el norte bajo las órdenes del gran Bolívar.

No teniendo enemigos que combatir en el mar, se ocupó de bloquear puertos ó de conducir los diferentes cuer-

(6) «Por mucho respeto que merezca este nombre, (O'Higgins) que tanto hizo por Chile, no puedo menos de desaprobador ciertos actos muy significativos de venganza y animosidad, que no fué bastante á saciar la muerte misma de sus enemigos políticos.—Triste y espantoso es confesar esto, y que los grandes pensamientos sociales no puedan llegar á sus últimas evoluciones sino entre los excesos de la brutalidad y destellos de la razón.» (Gay., VI, p. 547).

pos del ejército patriota que desde Colombia, Guayaquil y Callao, fueron mandados á los diversos puertos de la costa, al mando de los generales Sucre, Santa Cruz, Alvarado y otros jefes.

Bolívar le cobró gran afecto, su conducta le mereció grandes elogios y contribuyó con su acción y su consejo, en gran parte, á la independencia del Perú, sellada, poco después, en Ayacucho.

El gobierno premió sus servicios, ascendiéndolo al más alto puesto de la marina, haciéndolo vice-almirante (15 de Julio de 1824) á los 34 años de edad.

Fué nombrado en seguida general en jefe del ejército que se formó para mandar al Perú en auxilio del libertador Bolívar, expedición que al fin quedó sin llevarse á término, por motivos que no es del caso explicar.

XX

A fines de 1825 marchó al mando de la escuadra á la conquista de Chiloé, conduciendo el ejército con que el presidente y capitán general don Ramón Freire libertó el archipiélago.

Se cubrió de gloria en esa jornada, principalmente en la atrevida y peligrosa entrada á la bahía de Ancud, en medio de los fuegos del enemigo.

El ilustre almirante, de pié sobre cubierta, parecía desafiar la muerte.

Se cruzaban las balas sobre el buque, pero ellas respetaron el valor del intrépido marino.

Sus acertadas disposiciones, su pericia, su valor é intrepidez, puso en mano del ejército las fortalezas enemigas.

Fué el consejero del general Freire, y á su consejo y á su cooperación se debe, en gran parte, la conquista de Chiloé.

En esta empresa dejó el ilustre Blanco mejor sentada su reputación de valiente; experto y audaz marino. Su prestigio creció de tal modo, que no tuvo rival, y el pueblo demostró mui pronto su estimación.

XXI

Habiendo hecho el desinteresado Freire formal renuncia del mando supremo de la nación y vístose el Congreso obligado á aceptarla, el general Blanco fué el designado para sucederle.

El pueblo entero á una voz le designó como el único hombre capaz de poder reemplazar al ilustre general Freire.

El Congreso lo invistió con el mando supremo en 9 de Julio de 1826, habiendo sido su nombramiento hecho por gran mayoría de votos.

El almirante corespondió al honor con que se le distinguía, y á la confianza que en él se depositaba.

No habiendo podido marchar de acuerdo con el Congreso, antes de manchar su conciencia, ejecutando actos que no estaban en armonía con sus sentimientos, ó forzar la voluntad de los representantes de la nación, dimitió el mando supremo el 9 de Setiembre de ese mismo año, dos meses después de haber sido investido de él (7).

(7) El nombramiento de Blanco como Presidente, había sido hecho por

Jamás la ambición encontró cabida en su generoso corazón. Quiso gobernar con el país, para lo que llamó á su lado á los hombres más prominentes, y todavía formó un cuerpo consultivo, compuesto de don Agustín Eyzaguirre, del canónigo y vicario capitular don José Ignacio Cienfuegos y del presidente de la Corte Suprema el dignísimo don Juan de Dios Vial del Río, para proceder en todo con el consejo de esos dignos patriotas.

Más, la oposición tenáz del Congreso, decidió al general a dejar el mando supremo, dando un ejemplo de desprendimiento y generosidad muy poco comunes.

Después de depositar el mando supremo en manos del Congreso, se retiró á la vida privada y á las faenas del campo en su chacra del Conventillo, situada en la parte sur del Camino de Cintura, sección de los Monos; cuya ancha avenida fué abierta por el mismo almirante. Las casas de dicha propiedad son las que refaccionadas, están situadas entre las calles de San Francisco y Chiloé, con dos grandes torreones.

XXII

Diez años más tarde fué llamado nuevamente al servicio, nombrándosele general en jefe de la expedición que debía marchar al Perú.

Preparaba la escuadra en que debía embarcar las fuerzas expedicionarias, que estaban en Valparaiso, cuando

el Congreso; así que no podía marchar en desacuerdo con él sin apoyarse en las armas. Aunque el Congreso había obedecido á la opinión general, había sido suyo el nombramiento.

tuvo lugar el motín del coronel don José Antonio Vidaurre (3 de Junio de 1837) y el asesinato del Ministro de la Guerra del gobierno de don Joaquín Prieto, el célebre don Diego Portales, acaecido tres días después.

El ilustre almirante dió en momentos tan críticos una prueba más de su lealtad, valor y patriotismo.

El motín de Vidaurre había puesto las mejores tropas expedicionarias de parte de la oposición.

Blanco no tenía á sus órdenes en Valparaiso más que el batallón Valdivia y algunas fuerzas cívicas; éstas permanecieron fieles, pero aquellas estaban en connivencia con los sublevados.

El tino, talento y astucia del almirante hizo que el batallón Valdivia, que esperaba en el campo de batalla pasarse á los sublevados, no solo no efectuase su intención, sino que fuese la base más fuerte de sus operaciones.

El público, el ejército y el mismo Portales creyeron perdida la causa del Gobierno, así lo expresó éste momentos ántes de morir; sin embargo, contra todas las probabilidades y contra la presunción militar, el heroico Blanco triunfó, los sublevados fueron vencidos, terminada la insurrección, presos y castigados los cabecillas.

XXIII

Reorganizada nuevamente la expedición, embarcóla y dióse á la vela poco después, desembarcándola en el puerto de Arica, desde donde debía operar de acuerdo con los jefes peruanos, contra las fuerzas de la confederación, mandadas por el general Santa Cruz.

Engañado por el prefecto de Tacna, coronel López, que era uno de los que debía guiarlo y con quien debía proceder de acuerdo, se internó en los desiertos en dirección á Arequipa.

En el trayecto, falto de agua, de víveres y de forrajes, fué sitiado por el enemigo que contaba con una fuerza de más de 6,000 soldados veteranos.

Hizo prodijios de valor, buscó al enemigo, lo provocó varias veces, desafió al general Cerdeña á batirse con dobles fuerzas de las que él tenía, dándole además toda clase de ventajas, como la de colocación contra el sol y el viento, etc., todo fué inútil.

Aunque él quería batirse á toda costa, triunfar ó morir en el campo, se estrelló contra la táctica del enemigo, que se redujo á rehuir el combate, á desarmarlo sin batirse, sitiándolo por el hambre y la sed.

Blanco en medio del desierto, falto de recursos materiales y de los de inventiva y de táctica militar imposibles en esa situación, sin conseguir lograr batirse con un enemigo dos veces superior, no tuvo otro partido para salvar su ejército de perecer sin gloria alguna, que la de tratar con el enemigo, pactando con él los denominados tratados de Paucarpata.

Por ellos se salvó el ejército chileno de una ruina segura, que le permitió volver á Chile con todos los honores de la guerra, sin poderse considerar vencido.

¿Qué más podía exigirse del general, en esa situación, que esos honrosos tratados, en vez de la rendición incondicional, que era lo que debía haber sucedido, dada la situación del ejército?

Sin embargo, como el éxito no correspondió á la empresa, los chilenos, que donde no vemos victorias no admitimos excusas ni explicaciones, censuraron la conducta del ilustre general, al extremo de juzgársele por un con-

sejo de guerra, el cual reconoció su inculpabilidad y aprobó sus actos.

Apesar de habersele absuelto, el pueblo, exigente é ignorante, no convino jamás en que hubiese habido necesidad de pactar con el enemigo, ó cuando menos se le acusaba de haberse dejado engañar.

El general obraba en un campo que le era desconocido, el cual se le daría á conocer por los jefes peruanos que debían guiarlo y con los cuales procedería de acuerdo, ¿si éstos lo engañaron, ó demasiado confiados, impusieron mal al general, podría éste ser responsable de los resultados? Seguramente que nó; sin embargo, nada pudo quitar al pueblo la mala impresión que el fracaso le causó, y el ilustre general se retiró nuevamente á la vida privada.

XXIV

En 1844 decidió Blanco visitar la Europa, llevando en su compañía la familia.

Este viaje de placer redundó en bien del país, pues los conocimientos que adquirió el general, fueron de gran utilidad más tarde.

En 1847, fué nombrado Intendente de Valparaíso, en donde hizo importantes mejoras locales, y reformas de gran importancia, como que ningun otro, antes ni después que él, ha podido realizar mayores.

No sólo las importantes obras que realizó señalan su benéfico y bondadoso gobierno, sino que, único ejemplo en Chile, siendo tan querido y tan popular, perdió las elecciones de 1849, pues lejos de intervenir este honrado

mandatario, tuvo especial cuidado de velar porque la elección fuese completamente libre, recorriendo personalmente las mesas receptoras para sostener el orden y la legalidad.

Recorría la ciudad á caballo, llevando por ayudante al teniente don José Anacleto Goñi, más tarde vice-almirante.

Un rasgo noble de ambos, da á conocer lo que era el noble almirante y lo que sería el que más tarde alcanzó en nuestra marina igual graduación.

El teniente Goñi, siendo ya tarde, pide á su jefe permiso para ir á votar á la mesa receptora que le correspondía.

Blanco le pregunta ¿por quién va á votar? y éste le contesta con toda entereza y la hidalguía del valiente: "voy á votar por la oposición, por el gran ciudadano don Manuel Antonio Tocornal;" "bien, amigo," le responde el noble almirante, "yo tambien tengo que votar y lo haré por el candidato del Gobierno, así que podemos evitar el hacerlo sin perjuicio para ningun bando;" y así lo hicieron.

Unico ejemplo en Chile, al menos conocido, de tan noble y de tanta honradez política, como de respeto por el pueblo.

El Gobierno tuvo la sabia política de no remover de su puesto á un intendente que se había permitido perder una elección.

XXV

En la revolución de 1851, tuvo Blanco que lucir nuevamente sus dotes militares.

Sublevado el pueblo, el intendente personalmente al frente de las tropas, a pié y espada en mano, ataca las trincheras de los revolucionarios, las que son tomadas una á una por asalto, bajo el empuje irresistible del heroico almirante.

Al año siguiente, la revolución que estalló silenciosa y terrible, fué tambien sofocada en silencio, sin ruido, presentándose sólo ante los sublevados y haciéndola terminar con sólo su presencia y su energía.

Durante su gobierno, se colocó la primera piedra del Ferrocarril entre esa ciudad y Santiago, tocándole á Blanco el honor de presidir ese acto.

XXIII

Solo nos falta conocer á Blanco bajo otro rol importante, que desempeñó en su larga cuanto interesante carrera política.

El 27 de enero de 1853, fué nombrado Ministro Plenipotenciario en Francia, puesto que desempeñó hasta junio de 1858 en que regresó á Chile.

En Europa gastó el fastuoso almirante una fortuna, y representó á Chile de una manera mui brillante.

Sus bellas cualidades, el lujo y rango lo hicieron ser más conocido y estimado.

Fué amigo íntimo de Napoleón III, frecuentó el palacio y representó el brillante papel que los hombres de sus cualidades caballerosas y cultas, solo logran hacer.

XXVII

Vuelto á Chile, se dedicó nuevamente á las faenas del campo y atender á su familia y cultivar sus numerosas relaciones.

La guerra con España en 1865, encontró al noble guerrero listo para defender á su patria. A pesar de sus 75 años, corrió entusiasta al puesto del deber.

El gobierno quiso utilizar sus servicios como hombre de consejo; más, el ilustre anciano exigió un puesto de acción; no se conformaba con estar gozando de comodidades cuando la patria estaba en peligro.

Como se le quisiera evitar las molestias de la campaña, en atención á sus años, y se temiese que ella causase la pérdida de la reliquia de las antiguas glorias que á toda costa queria el pais conservar; el viejo almirante exclamó: «Quiero servir á mi patria hasta el último instante; por otra parte, bien poco es lo que le ofrezco: ¡unos cuantos dias de vida que me quedan! ¡Cuán feliz sería yo si pudiese morir en su defensa, darle mi último aliento, en vez de morir tendido sobre una cama, de muerte natural!»

Tan enérgica y sublime resolución fué recibida en medio del aplauso y cariño general, y el ilustre marino se puso al mando de las fuerzas navales, embarcándose en la gloriosa corbeta *Esmeralda* y haciendo en ella la campaña del sur, demasiado cruda por el clima y por las privaciones para su avanzada edad.

Sin embargo, su energía y varonil entereza le hizo soportar perfectamente la campaña. Lo acompañó en calidad

de ayudante su hijo don Adolfo, modelo de amor filial, el que no era la primera vez que servía de ayudante á su ilustre padre.

Después de terminada la campaña, volvió nuevamente al seno de la familia á gozar de las dulzuras que ella proporciona, y á terminar, en medio del amor de los suyos, su noble existencia.

A pesar de sus años y de la sordera que tanto le molestaba, no dejó jamas de llevar una vida activa, dedicada al trabajo del campo y atención de su fortuna.

Alternaba su vida, entre los placeres que le proporcionaban sus relaciones con la más culta sociedad, y los que le proporcionaba la vida del campo.

El alegre y jovial almirante era el encanto de los salones, sus maneras cultas, su trato afable y cariñoso, su noble fisonomía, hacian de él el niño mimado de la sociedad.

XXVIII

Su entereza de ánimo la conservó hasta el último momento de su vida. Murió sentado en una silla, conversando, y con tal tranquilidad como si ignorara que tenia inmediata la muerte que esperaba por momentos.

Ochenta y seis años vivió este ilustre militar, los que empleó en servicio de la libertad de América, legándonos sus hechos y sus virtudes como un ejemplo y un estímulo.

El cinco de setiembre de 1876 fué un dia de duelo para el país y para América, de la que fué Blanco uno de sus defensores, de sus primeros soldados.

El día 5 de setiembre es un día de luto para Chile.

El gobierno decretó suntuosos funerales, costeados con fondos de la nación, como un acto de gratitud para la memoria de tan esclarecido ciudadano.

El pueblo manifestó su sentimiento por la pérdida de tan grande hombre, de un modo muy elocuente.

Hoy la estatua que el pueblo agradecido ha mandado elevar para perpetuar su memoria, es la prueba inequívoca de su amor á este héroe inmortal.

Pronto tendréis esculpido en el bronce, venideras generaciones, la figura de uno de los más generosos padres de la patria, de uno de sus más amantes hijos.

¿Quereis ser grande? queréis ser queridos y respetados? ¡imitadlo!

Santiago, Abril 21 de 1890.

AMBROSIO VALDES
